

HISTORIA SOCIAL FRENTE A HISTORIA TRADICIONAL. ¿UNA CUESTIÓN DE MODA?

SOCIAL HISTORY VERSUS TRADITIONAL HISTORY. A QUESTION OF FASHION?

Gustavo Hernández Sánchez

Licenciado en Historia (USAL). Alumno de Tercer Ciclo (USAL)

Resumen. Este ensayo pretende ser una reflexión sobre la historiografía desde el siglo XX hasta nuestros días. Dicha reflexión se centrará en considerar los distintos trabajos historiográficos en función no simplemente de la moda, sino del contexto general, tanto histórico como intelectual. Del mismo modo, trataremos de constatar una sucesión observable a lo largo del tiempo de cambio en el centro de interés por parte de los historiadores que podríamos definir en función de dos tipos de historia que se suceden: la tradicional y la social. En este sentido, el posmodernismo aparecería como la última corriente de renovación historiográfica igualmente válida para ambos tipos de historia.

Palabras clave: historiografía, historia social, historia tradicional, crítica posmoderna.

Abstract. *The essay intends to be a reflection on historiography from the twentieth century until today. The above-mentioned essay will focus on the consideration of the various historiographical works, not simply in terms of fashion, but the general context, both historical and intellectual. Similarly, we would try to find an observable succession of the change in focus by historians over time, which we could describe in terms of two kinds of History that follow: Traditional and Social. From this point of view, postmodernism would appear as the last historiographical tendency, valid for both types of history.*

Key words: *historiography, Social History, Traditional History, postmodern critic.*

Para citar este artículo: HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Gustavo, "Historia social frente a historia tradicional. ¿Una cuestión de moda?", en *Ab initio*, Núm. 5 (2012), pp. 81-94, disponible en www.abinitio.es

Recibido: 30/12/2011

Aceptado: 28/01/2012

I. INTRODUCCIÓN: HISTORIA SOCIAL FRENTE A HISTORIA TRADICIONAL¹

Algunas de las cuestiones que me llevaron a escribir este artículo fueron la concepción de opuestos según la cual en determinadas ocasiones interpretamos la

¹ Agradezco la ayuda y buenos consejos de mis colegas Ramiro Cabañes y Andrés Acquaroni.

historiografía, de acuerdo con la cual, a menudo, llegamos a interpretar también el mundo, es decir, la realidad que nos rodea, olvidando que tal vez seamos nosotros quienes adaptamos los conceptos a nuestro punto de vista, y no al revés. No pocas veces olvidamos, por tanto, que existen otros puntos de vista.

Así, en lo que respecta a la historiografía, la ceguera en algunos casos, nos impide ver más allá de nuestras preferencias, gustos o incluso modas dentro de las cuales nos sentimos más cómodos. En definitiva, dentro de los presupuestos desde los que decidamos construir nuestro discurso historiográfico. Esta ceguera limita, en primer lugar, nuestro campo conceptual, reduciéndolo a la corriente o tendencia que hayamos escogido, además de, en segundo lugar, invitar a numerosas confusiones.

Podríamos definir este fenómeno como la “confusión del que no puede ver más allá”; que además se reproduce de acuerdo con la siguiente hipótesis: si un profesor *A* que se enmarca dentro de la historia, por ejemplo, social, encarga manuales para sus alumnos en los que la historia social aparece como el paradigma historiográfico más en boga, pueden suceder dos cosas: bien que los alumnos no lean otro manual y consideren esa premisa que el profesor *A* plantea, de acuerdo con el manual recomendado, como cierta, y por tanto, se decanten por la historia social, o bien que un profesor *B* les recomiende un manual en el que, por ejemplo, la historia cultural aparezca como paradigma adecuado. Sólo los alumnos más perspicaces decidirán leer ambos manuales y se encontrarán entonces dentro de las constricciones del que no puede observar más allá, y sentirán las contradicciones propias del pensamiento. ¿Qué hacer entonces? Generalmente sucede que nos decidimos por el paradigma que más se ajusta a nuestro punto de vista, enmarcándonos dentro de una tendencia o corriente historiográfica u otra. Esta elección puede ser consciente o no. Con suerte, actuaremos según términos de diálogo entre ambos planteamientos, pero, desgraciadamente, también puede pasar que entendamos la historia en términos excluyentes o de confrontación.

La hipótesis expuesta, a simple vista demasiado simplificada, no es, en cambio, baladí, sobre todo si consideramos un sistema universitario en el que en no pocas ocasiones nos definimos en términos de confrontación, ya sea entre planteamientos historiográficos, departamentos e incluso profesores². Elena Hernández Sandoica advierte que “la producción historiográfica actual vista en su conjunto, continúa obediente a enfoques propios del historicismo realista y

² Sirva la crítica que el profesor José Carlos Bermejo hace del sistema universitario español: BERMEJO BARRERA, José Carlos, *La fábrica de la ignorancia. La universidad del como si*, Madrid, 2009. Otros autores también se han pronunciado al respecto: BONACHÍA HERNANDO, Juan Antonio y MARTÍN CEA, Carlos, “Conversación con Julián Casanova: sobre la historia, los historiadores y la universidad” en *Edad Media. Revista de Historia*, Núm. 9 (2008), Valladolid, pp. 35-57.

objetivo”³, que podríamos definir como un tipo de historia “tradicional”. Sin embargo, al mismo tiempo, casi todos apuntan hacia lo posmoderno como nuevos rasgos de la práctica historiográfica. Se hacen precisas pues, algunas aclaraciones terminológicas que profundicen sobre estas aparentes contradicciones.

De acuerdo con nuestra propuesta, en términos generales podemos identificar un paradigma historiográfico tradicional-culturalista. Tradicional en tanto que recupera una perspectiva (neo)historicista, y culturalista, en cuanto que priman los elementos culturales o de mentalidad por encima de las condiciones materiales o socioeconómicas. Este tipo de historia ha tendido a identificarse con los planteamientos que introduce la corriente posmoderna y que no se limitan tan solo a lo historiográfico; y otro social, que no tiene porqué renunciar a tal viraje posmoderno, como algunos pretenden hacernos creer.

En efecto, del otro lado de este enfrentamiento que describo y que tiene más de conceptual (o abstracto) que de real (ya que el panorama historiográfico siempre es más complejo), se situaría la historia social, más rezagada respecto de los planteamientos posmodernos y, por tanto, en retroceso dentro del panorama historiográfico actual. ¿A qué se debe esto? En cierto sentido podríamos decir que se debe a que fue la dominante hasta los años setenta del pasado siglo, y todavía se encuentra atrapada entre quienes continúan utilizando el discurso de los grandes metarrelatos historiográficos, y quienes comienzan a decantarse, sin complejos, por una historia social posmoderna.

En esta encrucijada en la que hoy se encontraría la historia social caben algunos riesgos, que observamos en los trabajos de no pocos historiadores de primerísimo orden como Peter Burke⁴, imbuido del paradigma tradicional-culturalista, el cual ya ha comenzado a considerar como propias las características de lo posmoderno. Sin embargo, debemos prevenirnos de esta ceguera que a veces trata de uniformizar el conocimiento, hasta tal punto que no deja espacio para los planteamientos alternativos. Consideramos posible una historia cultural posmoderna tanto como una historia social posmoderna, que, de hecho, ya comienza a escribirse⁵.

³ HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *Tendencias historiográficas actuales*, Madrid, 2004, p. 14. Después afirma: “No hace falta ir muy lejos para observar en ese alegato la vuelta de un historicismo idealista *convencional*, con ribetes de modas posteriores desde luego, pero que no es tan solo una excentricidad, sino que, bien al contrario, representa una corriente filosófica rescatada (...) antigua idea de la *historicidad*”. *Ibidem*, p. 41.

⁴ Burke decide utilizar la expresión “teoría social” (en la que debe entenderse incluida la “teoría cultural”). *Vid.* BURKE, Peter, *Historia y teoría social*, Buenos Aires, 2007, p. 15.

⁵ JOYCE, Patrick, “¿El final de la Historia Social?”, en *Historia Social*, Núm. 50 (2004), Valencia, pp. 25-45. Este autor cree superada la “vieja historia social” desde una perspectiva posmoderna, que se definiría como “nueva historia social”; frente a estos planteamientos, otros autores continúan considerando que la historia social clásica goza de buena salud. Para esto último, *vid.* URÍA, Jorge, “La historia social hoy”, en *Historia Social*, Núm. 60 (2008), Valencia, pp. 233-248.

En medio de este debate, a veces velado, se sitúan los gustos, las modas, lo vanguardista (o transvanguardista)⁶, etc., y la historia no escapa a ello. De hecho, si trazamos un breve esbozo histórico de las corrientes o tendencias predominantes durante el pasado siglo, pero que también podría remontarse al menos hasta los inicios de la Edad Moderna, observamos una alternancia entre la historia social y la historia tradicional. Antes de hacerlo, consideramos necesario aclarar qué entendemos por historia social y qué entendemos por historia tradicional⁷.

II. HISTORIA SOCIAL E HISTORIA TRADICIONAL EN LA ENCRUCIJADA DEL PENSAMIENTO POSMODERNO

Tal vez sea más fácil definir una historia tradicional, más estática, que una social, más dinámica, por eso empezaremos con ella. Este tipo de historia emplea un estilo narrativo y prefiere el análisis político. Es una historia “desde arriba”, es decir, de los grandes personajes y por este motivo abunda el género biográfico. Por ello, también se define como historia individual. Aspira a la objetividad y se centra en los documentos oficiales o institucionales. En último lugar, es una historia profesional, en el sentido de que quienes la utilizan suelen estar empleados por instituciones, ya sean públicas o privadas.

La historia social, por su parte, se centra en el ser humano como sujeto enmarcado en una colectividad. Es una historia “desde abajo” (*history from below*) que pretende devolverle la voz a aquellos que hasta el momento habían quedado excluidos de la historia (la mujer, el obrero, el campesino, el indígena, etc.). No solo incluye, como consecuencia, una variedad mayor de palabras, sino que toma fuentes documentales nuevas. Utiliza el análisis estructural y se trata de una historia colectiva, frente a la historia tradicional de carácter individual. No busca ni pretende la objetividad, es una historia transformadora e ideológica, algo que no entra en contradicción con el criterio de científicidad. Tiende hacia la interdisciplinariedad, esto es, se halla en continuo contacto con otras disciplinas, especialmente la sociología.

Las características fundamentales de la historia después de la crítica posmoderna son, por un lado, la desestabilización (fluidez) y, por otro, el descentramiento (utilización de la perspectiva múltiple), de dónde se deducen los nuevos rasgos de la práctica histórica. Para Julio Aróstegui, historiador social, estos nuevos rasgos serían: una historia relato centrada en los procesos sociales, construidos e ideológicos; llegando a afirmar que la objetividad es una falacia⁸. Otros autores,

⁶ El término “transvanguardista” hace referencia a una obra de Lyotard que trata, entre otros temas, sobre teoría del arte. Vid. LYOTARD, Jean-François, *La posmodernidad explicada a los niños*, Barcelona, 1987.

⁷ El presente trabajo, fundamentalmente teórico, limitará el debate historiográfico suscitado entre los paradigmas social y tradicional sabiendo que se trata de una simplificación.

⁸ ARÓSTEGUI, Julio, “Sociología e historiografía en el análisis del cambio social reciente”, en *Historia contemporánea*, Núm. 4 (1990), Bilbao, pp. 145-172. Estas características le sirven para

como Peter Burke, historiador cultural, hablan de: “constructibilidad” del discurso historiográfico, tanto desde el punto de vista de la cultura como de la sociedad (“análisis de redes”); de un interés de los historiadores por “lo imaginado”; de la narración como modo de entender el mundo; y, por último, un análisis global frente al tradicional punto de vista eurocéntrico⁹.

Citaremos, para terminar, algunos ejemplos que ilustren el hipotético problema de las concepciones enfrentadas. Evidentemente, los autores que cito a continuación son conscientes del panorama historiográfico en el momento de sus reflexiones, tanto o más que nosotros. Criticamos simplemente sus posturas extremistas en uno u otro sentido.

El primero de ellos, por su significación, es Laurence Stone. Su artículo sobre el retorno de la narrativa como forma de historia tradicional generó la alarma entre los historiadores sociales, pues en él, se describía un panorama historiográfico que comenzaba a verse preso de la historia tradicional. En efecto, las tendencias historiográficas habían virado definitivamente. Para Stone, la historia comenzaba a ser más descriptiva que analítica, volviendo el punto de mira hacia el hombre (qué) y no orientada a la circunstancia (cómo). Lo particular y/o específico sustituiría a lo colectivo y/o estadístico. En definitiva, frente al análisis socio-estructural en boga, tanto funcionalista como marxista, la historia estaba volviendo al relato, desde el punto de vista de la historia más tradicional.

La respuesta de Hobsbawm desde la historia social fue, en cambio, menos alarmista cuando afirmaba que: “la nueva historia (en realidad) no tiene nada de nuevo”¹⁰. Sin embargo el artículo de Stone había marcado un hito. En efecto, todos observaban, lo mismo que él, que el giro antropológico y lingüístico comenzaba a renovar el panorama historiográfico.

Dentro del segundo ejemplo propondremos un artículo de Carlos Antonio Aguirre Rojas, ya que Latinoamérica es uno de los territorios donde la historia social ha sabido mantenerse y conservar una fuerza que resiste a los enfoques culturalistas. Aguirre Rojas trata de describir el panorama historiográfico en el momento del cambio de siglo, pero describe una victoria de la historia social frente a la cultural que nada tiene que ver con la realidad¹¹. Descarta todos los avances desde el punto de vista de la cultura y contrapone una historia viva e innovadora (social) a otra muerta (tradicional), algo que consideramos que no se corresponde con la realidad; pues, ni el contexto histórico aludido, con un supuesto avance de la

defender una “historia del tiempo presente”, hoy ya plenamente consolidada. *Vid. Ídem, La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, 2004.

⁹ En BURKE, P., *Historia y teoría...*, pp. 245 y ss.

¹⁰ Debate recogido en: STONE, Laurence, HOBBSAWM, Eric, “La historia como narrativa”, en *Historia Oberta. Debats*, Núm. 4 (1978-1980), p. 108.

¹¹ AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “La historiografía occidental en el año 2000. Elementos para un balance global”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, Núm. 10 (2001), Santiago de Compostela, pp. 143-171.

izquierda dentro del panorama internacional, ni tampoco intelectual, dónde nadie estaría del lado del tipo de historia tradicional, podrían ser constatados de forma empírica. Echemos un vistazo a la evolución de la historiografía desde comienzos del XX hasta la actualidad.

III. LA HISTORIOGRAFÍA EN EL SIGLO XX: BREVE ESBOZO HISTORIOGRÁFICO¹²

La confianza que en el progreso depositaron los pensadores ilustrados derivó, en los albores del siglo de las luces, hacia posturas idealistas. Autores como Hegel o Goethe terminaron por construir una historia subjetiva de carácter cultural (*Geistwissenschaft* o ciencia cultural –la traducción literal es “ciencias del espíritu”, en contraposición con la *Naturwissenschaft* o ciencias de la naturaleza–) en la que primaba la comprensión (*Verstehen*) por encima de la explicación.

Este tipo de historia se mantendrá durante el siglo XIX hasta comienzos del XX en la figura del idealismo de Wilhem Dilthey, quien propone una forma de conocimiento como hermenéutica (comprensión) a través de la experiencia vivida (intuición). Progresivamente se van configurando las características de la que nosotros hemos definido como historia tradicional. Al mismo tiempo, dos nuevas corrientes comienzan a consolidarse: el positivismo y el historicismo, que se identifica con él, aunque se diferencian en el sentido de que el segundo toma una postura presentista frente al objetivismo hacia el que presuntamente tiende el positivismo.

Es el momento de la aparición del Estado-nación, y numerosos intelectuales no dudarán en poner la ciencia histórica al servicio de la construcción de mitos nacionales. En este sentido, una rama interesante de esta corriente es el historicismo-vitalista de Ortega y Gasset¹³. La ciencia histórica, por su parte, se desarrolla durante estos años en base a las características antes expuestas dentro de la historia tradicional, ya sea dentro de una u otra de las tendencias citadas, las cuales, si bien a veces se entrelazan, no debemos confundir, ya que no son lo mismo.

La explicación de los manuales contrapone a esta corriente “tradicional”, que es heterogénea, una corriente “social” que surgiría a principios del pasado siglo. Pero el esquema no es así de simple, y esta otra corriente también será muy diversa. Por otro lado, como demuestra Hobsbawm en el artículo citado, la historia tradicional nunca dejó de escribirse.

Los orígenes de esta otra historia social se remontan a 1900 y la *Revista de síntesis histórica*, como vemos, de forma casi paralela al auge del paradigma historicista-positivista, si bien, en estos primeros momentos se desarrolla de forma

¹² Un análisis breve, pero más amplio, lo ofrece IGGERS, George G., *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998.

¹³ ORTEGA y GASSET, José, *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*, Madrid, 1935.

menos representativa. ¿Qué influye en esta otra forma de hacer historia? Fundamentalmente el desarrollo de la sociología, de la mano de Karl Marx, Emile Durkheim y, más tarde, Max Weber¹⁴.

No obstante, serán Marc Bloch y Lucien Febvre quienes comiencen a hacer historia social. El enfoque sociohistórico se pone en funcionamiento y renovará el panorama historiográfico respecto del paradigma tradicional. En 1929, ambos autores franceses fundan la revista *Annales d'histoire économique et sociale*. Según Marc Bloch, “el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho: los hombres”¹⁵. *Annales* se mantendrá como escuela historiográfica hasta la actualidad y cada generación de historiadores encuadrada en esta corriente estará influida por un contexto historiográfico en continua transformación. En efecto, la escuela no permanece estática¹⁶.

Otra gran corriente de historiografía social será el marxismo. Su creador, Karl Marx, añadirá a la dimensión social del hombre la faceta económica, establecida en base al concepto de trabajo¹⁷. Esta escuela tampoco permanece estática, a pesar de organizarse lo que los manuales han definido como “ortodoxia marxista” tras la victoria de la URSS en la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto al contexto histórico, la era de los nacionalismos condujo a dos conflictos internacionales de consecuencias hasta entonces desconocidas, lo que provocó el descrédito de la historia tradicional. Es el momento en que el paradigma social se desarrolla con más fuerza; pues, al mismo tiempo, se producen los siguientes procesos: en primer lugar, la crisis del humanitarismo, que podemos llevar desde el fin de la Gran Guerra hasta el descubrimiento de los horrores del Holocausto, manifestado en el profundo pesimismo de la Escuela de Frankfurt; y en segundo término, un crecimiento económico sin precedentes, superada la Gran Depresión y finalizada la Segunda Guerra Mundial, comprendida hasta la crisis económica de los años setenta. Ambos procesos parecen contradictorios, pues, si por un lado, Occidente crece a un ritmo más

¹⁴ Los estudios sobre Marx y la escuela marxista son numerosos. La obra e influencia de Weber, tal vez menos comentada y conocida, ha sido estudiada por autores como Santos Juliá y Julián Casanova. Citaremos la obra de JULIÁ, Santos, *Historia social. Sociología histórica*, Madrid, 1989.

¹⁵ BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, México, 2002, (1949), p. 29.

¹⁶ Una evolución de esta corriente historiográfica de *Annales* la ofrece BURKE, P., *La revolución historiográfica francesa: la escuela de los Annales. 1929-1984*, Barcelona, 1993.

¹⁷ De acuerdo con Marx, el trabajo es la “condición de la existencia del hombre”, esto es, su forma social directa. En MARX, Karl, *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro I, Tomo I, Madrid, 2007, (1867), p. 65. La definición más clásica de la escuela marxista afirma que: “En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia”. En MARX, K., *Contribución a la crítica de la economía política* [Introducción de M. Dobb], Madrid, 1970, (1859), p. 37.

acelerado que nunca y parece olvidar los temores de la guerra, por otro, comienza a abrirse paso una “crisis de conciencia” que culmina con el profundo pesimismo de los filósofos de Frankfurt¹⁸.

El panorama historiográfico, muy influenciado por la Escuela de Chicago, desarrolla un tipo de historia económica y cuantitativa (o serial). En Europa, será *Annales* (llamada desde 1946, *Annales. Economies, Sociétés. Civilisations*) quien recoja el testigo. Fernand Braudel aparece al frente de esta segunda generación de historiadores y funda la VI Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. La principal característica de los estudios braudelianos son los análisis dentro del concepto de larga duración (*longue durée*). A pesar de ello, el auténtico auge de la historia serial francesa se produce durante la década de los años sesenta gracias, sobre todo, a los estudios demográficos de autores como E. Le Roy Ladurie, entre otros.

Estos análisis cuantitativistas o seriales están muy influenciados por el empirismo (neopositivismo) de Hempel, Khun o Popper, quienes ponen en el esquema de análisis causal todo su acento. Contrario a este esquema, que representa la salvaguarda de quienes no aceptan los nuevos planteamientos historiográficos, se pronuncia el enfoque posmoderno, el cual considera que aceptar dichos planteamientos sería posicionarse en contra de una ciencia histórica empírica, lo que no significaría necesariamente que la historia pierda su carácter de ciencia.

Durante estos años, la “ortodoxia marxista” había permanecido demasiado estancada, al menos hasta el surgimiento de la figura de Louis Althusser, quien propone una ruptura epistemológica. Los estudios culturales, que hasta entonces se habían descartado del análisis marxista, son retomados y se rescatan las figuras olvidadas de autores como Gramsci o Walter Benjamin. Tan sólo en las islas británicas, un grupo de historiadores del Partido Comunista habían sabido distanciarse de las posturas más ortodoxas, ligando sus estudios a la tradición empirista británica. Se enfrentan al estructuralismo francés y, finalmente, salvo alguna excepción (Eric Hobsbawm), al propio partido comunista, siendo los abanderados de la denominada *New Left*, que en Europa se pronunciaba contra el autoritarismo de la URSS, quien, por otro lado, comenzaba a dejar de representar una alternativa “socialista real”. Sin abandonar el análisis de clase, estos trabajos se centran en los fenómenos de formación de “conciencia de clase”¹⁹.

Al otro lado del Atlántico, la *New Economic History* o *Social Science History* se irá viendo sustituida por el enfoque estructural-funcionalista de Talcott Parsons, si

¹⁸ El concepto de “crisis de conciencia” lo tomamos de la obra de HAZARD, Paul, *La crisis de la conciencia europea: 1680-1715*, Madrid, 1988 (1935). También de acuerdo con autores actuales que hablan de un proceso de “crisis” y “barroquización” de la sociedad actual, en la que una “crisis de valores” o “crisis de conciencia” sería una de sus características fundamentales. Entre otros, CALABRESE, Omar, *La era neobarroca*, Madrid, 1994 (1987).

¹⁹ Los principales postulados de este nuevo marxismo y de esta historiografía en: THOMPSON, Edward P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981.

bien los estudios seriales mantendrán plena vigencia hasta la década de los setenta. En efecto, los años setenta suponen un punto de inflexión, momento en que la historiografía comienza a tomar realmente las características que presenta en la actualidad. Se produce el denominado “giro antropológico” o “cultural” que, de nuevo, imprime un carácter más heterogéneo, mucho más si cabe, al panorama historiográfico, y los teóricos comienzan a hablar de “fragmentación de la historia”. Sin embargo, como tratamos de demostrar en este breve esbozo historiográfico, la historia siempre había estado fragmentada. Lo que en realidad se produce es el derrumbe de las grandes escuelas o grandes paradigmas historiográficos.

En primer lugar, los autores de *Annales* comienzan a construir una “nueva historia” cultural y de las mentalidades. Se deja de hablar de escuela historiográfica y hay quien prefiere definir *Annales* como un “movimiento”, representado en la tercera generación por Jacques Le Goff o Georges Duby, y en la cuarta generación, que llega hasta la actualidad, por Roger Chartier, que vendría a hacerse cargo de esta “nueva historia” (*nouvelle histoire*)²⁰ a través de la revista *Annales. Histoire-Science Sociale*, denominada así desde 1994.

En segundo lugar, la crítica lingüística vuelve su atención sobre las fuentes. Se produce un giro lingüístico (*linguistic turn*) auspiciado por la obra de autores que están en la base de la crítica posmoderna ulterior: Foucault, Derrida, Lacant o Barthes, dentro del ámbito académico francés; y los filósofos de la Escuela de Frankfurt en Centroeuropa. Este giro lingüístico se deja sentir también en la renovación de voces hasta ahora desconocidas, como la de la mujer (historia de las mujeres o de las relaciones género), el indígena (indigenismo), y un largo etcétera²¹. Comienza a construirse un paradigma cultural que no debemos identificar como mera historia tradicional. De nuevo esta heterogeneidad se complejiza. En el ámbito académico anglosajón (fundamentalmente EE.UU.) se rescata la “historia de los conceptos” o “historia de las ideas”, también la “historia de la ciencia”; al tiempo que los marxistas británicos no detienen su creación, tampoco los franceses. Destacan los estudios en el ámbito local.

En tercer lugar, se produce un “retorno a la narrativa” y al análisis desde el punto de vista político, algo que recuerda enormemente al viejo paradigma tradicional, como bien citó Stone, lo que provocó la alarma entre algunos sectores más

²⁰ Las características de esta “nueva historia”, según Burke, serían las siguientes: todo tiene una historia que es una construcción cultural (crítica posmoderna) capaz de cubrirse en una historia total. Frente a la “larga duración”, aparece la “cotidianización” o el acontecimiento (“corta duración”), lo mismo que la “historia desde abajo” o “historia de los vencidos”. Se amplían, por tanto, fuentes y métodos. La “nueva historia” se caracteriza también por la variedad y la interdisciplinariedad, resultando una historia fragmentaria, subjetiva y relativa. BURKE, P., *Obertura: La Nueva Historia: su pasado y su futuro*, Madrid, 2003; en BURKE, P. (Ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, 2003, pp. 13-38.

²¹ Para ponerse al día de las últimas tendencias historiográficas: HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *Opus cit.*, p. 1.

progresistas²². Podemos enmarcar esta tercera tendencia dentro de lo que se ha definido como “neohistoricismo”.

Otro pilar de las transformaciones que se producen en la historiografía es el, ya mencionado, “giro antropológico” o “giro cultural” que se traduce en la consolidación de la historia de la vida cotidiana, y algo completamente nuevo, la microhistoria²³. Los grandes enfoques estructurales caen, y en palabras de Norbert Elías se produce una modernización “de las estructuras a las experiencias y los modos de vida”²⁴. Detrás de la caída de los grandes paradigmas se encuentran los acontecimientos históricos, que después citaremos, pero también la consolidación de un pesimismo cultural, que se habría iniciado con la crisis del humanitarismo a la que antes hicimos referencia. La razón sobre la que se había asentado la moderna cultura occidental resultaba ser un mito y la filosofía, desde entonces, se desmarcaría del campo de las ideologías e introspectivamente comenzará a tratar de “comprender por qué la humanidad, en lugar de alcanzar un estado verdaderamente humano, se hunde en una nueva forma de barbarie”²⁵.

La multiplicidad de fenómenos, como podemos observar, es compleja y difícil de condensar en simples esquemas explicativos. Al mismo tiempo, comienzan a surgir enfoques auspiciados por los avances en la física (mecánica cuántica), la termodinámica o la cosmología²⁶. La última etapa de este breve esbozo historiográfico vendrá así definida por la “crítica posmoderna”. En él, se produce el retroceso, pero no el fin, de la historia social, frente a la historia tradicional y cultural, en boga en los últimos años.

De nuevo, el contexto historiográfico varía, y en los últimos años del siglo XX se extiende la denominada corriente posmoderna, errónea o intencionada y falazmente relacionada con la “crisis” o “fin de la historia”. ¿A qué puede deberse esto? En primer lugar, ambas se producen casi de forma simultánea en el tiempo. En 1992, con el derrumbe de la URSS, autores como Francis Fukuyama proclamaron el “fin de la historia”. Éste se vería representado con el triunfo del neoliberalismo, una vez superada la crisis de los setenta, y la vuelta de una historia de carácter neohistoricista; así pues, comienzan a utilizarse términos como “pensamiento único”, algo que entra en clara contradicción tanto con la

²² A menudo se confunde “narrativa” con “crítica posmoderna”, relacionándose los postulados posmodernos con la historia tradicional, relacionando, en definitiva, posmodernismo y pensamiento conservador, algo que no es del todo cierto. Al respecto, resulta muy aclaratorio el artículo de CABRERA, Miguel Ángel, “El debate posmoderno sobre el conocimiento histórico y su reproducción en España”, en *Historia Social*, Núm. 50 (2004), Valencia, pp. 141-164.

²³ La microhistoria es ya una forma de hacer historia completamente consolidada tanto en la teoría como en la práctica.

²⁴ Hecho constatado en el artículo del profesor RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, Luis Enrique, “La historia: de las estructuras a lo heterogéneo”, en GONZÁLEZ, Enrique (Coord.), *Historia y Universidad. Homenaje a Lorenzo Mario Luna*, México, 1996, pp. 203-226.

²⁵ HORCKHEIMER, Max, ADORNO, W. Theodor, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, 2007, (1947), p. 11.

²⁶ Vid. PRIGOGINE Ilya, STENGERS, Isabel, *Entre el tiempo y la eternidad*, Madrid, 1990.

fragmentación de la historia como con la multidisciplinariedad que adquiere la ciencia actual. Por otro lado, el enfoque tecnocrático de la sociedad lleva a autores como Jean François Lyotard a hablar de “condición posmoderna”²⁷. El posmodernismo irrumpía así en los ambientes académicos, sembrando miedos e incertidumbres. La crítica a la historia desde el posmodernismo se identificó enseguida como un ataque frontal a la “ciencia histórica”, relacionándosela con quienes proclamaban “el fin de la historia”, si bien sólo fue así en una minoría de casos²⁸.

En la actualidad, en cambio, el enfoque posmoderno ha supuesto, o debería suponer, una renovación historiográfica a través de ideas como el “pensamiento complejo”²⁹. Y sin embargo, mientras una historiografía cada vez más heterogénea sigue decidida a declararse social o tradicional-cultural, pocos atreven a reconocerse partícipes del nuevo contexto historiográfico. ¿Se trata tan sólo de una cuestión de moda?

IV. CONCLUSIONES: LA HISTORIOGRAFÍA, ¿UNA CUESTIÓN DE MODA?

En este breve espacio, hemos tratado de presentar un panorama historiográfico heterogéneo y complejo, en el que las cuestiones de moda influyen sólo hasta cierto punto, pues en el trasfondo de cada contexto historiográfico, como hemos visto, influyen tanto los acontecimientos (o factores) históricos, como los de pensamiento (o corrientes filosóficas predominantes), entre otros. En este sentido, suscribimos la afirmación de Walter Benjamin cuando afirma que “la historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo homogéneo y vacío, sino por un tiempo pleno, <tiempo-ahora>”, si bien “la moda husmea lo actual dondequiera que lo actual se mueva en la jungla de otrora”³⁰.

Dentro de dicho panorama heterogéneo y complejo, que siempre fue así, pero que lo es de forma más marcada desde el último tercio del pasado siglo hasta la actualidad, podemos diferenciar dos tendencias que se contraponen y superponen: la social y la tradicional.

Un nuevo contexto representa, desde nuestro punto de vista, el enfoque posmoderno en una sociedad postindustrial, informacional y comunicacional³¹, el cual hace de las cuestiones culturales como la “mentalidad” o “mentalidades” (componente subjetivo tanto del sujeto como de la colectividad) su punto central

²⁷ LYOTARD, J. F., *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, 1984 (1979).

²⁸ El caso más significativo y mencionado suele ser WHITE, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, 1992.

²⁹ Es sumamente interesante la obra de: MORIN, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, 2001 (1990).

³⁰ BENJAMIN, Walter, “Tesis de filosofía de la historia”, en Ídem, *Discursos interrumpidos I*, Madrid, 1973 (1959), p. 188.

³¹ ARÓSTEGUI, J., *La historia vivida...*, p. 289 y ss.

de análisis. Dentro de este viraje introspectivo resulta hasta cierto punto comprensible un retroceso de la historia social, más reticente o menos segura después de la caída de los grandes paradigmas de interpretación historiográfica, frente a la historia tradicional, que pretende adueñarse de este nuevo contexto, definiéndolo como propio.

En efecto, el posmodernismo no debe interpretarse como un ataque a la historia como disciplina científica, sino como una fuente de renovación historiográfica. Consideramos esto como un elemento fundamental para huir de la supuesta “crisis” o “fin de la historia”, para seguir construyendo discursos alternativos.

En conclusión, consideramos más apropiado presentar la historiografía y su contexto en toda su complejidad, para que aquellos que nos formamos en los avatares de la ciencia histórica seamos capaces de adquirir unas competencias críticas respecto de la escuela de la que decidamos formar parte. Recogiendo la propuesta de Peter Burke, “la apertura a nuevas ideas, provengan de donde provinieren, así como la capacidad de adaptarlas a los objetivos propios y encontrar la manera de verificar su validez, es el sello distintivo tanto del buen historiador como del buen teórico”³².

³² BURKE, P., *Historia y teoría...*, p. 2. También suscribimos su propuesta de que la teoría ha de “sugerirles a los nuevos historiadores nuevas preguntas (...) o nuevas respuestas a preguntas conocidas”, p. 267.

Bibliografía

AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “La historiografía occidental en el año 2000. Elementos para un balance global”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, Núm. 10 (2001), Santiago de Compostela, pp. 143-171.

ARÓSTEGUI, Julio, “Sociología e historiografía en el análisis del cambio social reciente”, en *Historia contemporánea*, Núm. 4 (1990), Bilbao, pp. 145-172.
_____, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, 2004.

BENJAMIN, Walter, *Discursos interrumpidos I*, Madrid, 1973 (1959).

BERMEJO BARRERA, José Carlos, *La fábrica de la ignorancia. La universidad del como si*, Madrid, 2009.

BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, México, 2002 (1949).

BONACHÍA HERNANDO, Juan Antonio, MARTÍN CEA, Carlos, “Conversación con Julián Casanova: sobre la historia, los historiadores y la universidad” en *Edad Media. Revista de Historia*. Núm. 9 (2008), Valladolid, pp. 35-57.

BURKE, Peter (Ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, 2003.

BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa: la escuela de los Annales. 1929-1984*, Barcelona, 1993.
_____, *Obertura: La Nueva Historia: su pasado y su futuro*, Madrid, 2003
_____, *Historia y teoría social*, Buenos Aires, 2007.

CABRERA, Miguel Ángel, “El debate posmoderno sobre el conocimiento histórico y su reproducción en España” en *Historia Social*, Núm. 50 (2004), Valencia, pp. 141-164.

CALABRESE, Omar, *La era neobarroca*, Madrid, 1994 (1987).

HAZARD, Paul, *La crisis de la conciencia europea: 1680-1715*, Madrid, 1988 (1935).

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *Tendencias historiográficas actuales*, Madrid, 2004.

HOBSBAWM, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, 1992.

HORCKHEIMER, Max, ADORNO, W. Theodor, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, 2007 (1947).

IGGERS, George G., *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998.

JOYCE, Patrick, “¿El final de la Historia Social?”, en *Historia Social*, Núm. 50 (2004), Valencia, pp. 25-45.

LYOTARD, Jean-François, *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid, 1984 (1979).

MARX, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, (Introducción de M. Dobb), Madrid, 1970 (1859).

_____, *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro I, Tomo I, Madrid, 2007 (1867).

MORIN, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, 2001 (1990).

ORTEGA y GASSET, José, *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*, Madrid, 1935.

PRIGOGINE Ilya, STENGERS, Isabel, *Entre el tiempo y la eternidad*, Madrid, 1990.

RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, Luis Enrique, “La historia: de las estructuras a lo heterogéneo”, en GONZÁLEZ, E. (Coord.), *Historia y Universidad. Homenaje a Lorenzo Mario Luna*, México, 1996, pp. 203-226.

STONE, Lawrence, HOBSBAWM, Eric, “La historia como narrativa”, en *Historia Oberta, Debats*, Núm. 4 (1978-1980), pp. 91-110.

THOMPSON, Edward P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981 (1963).

URIA, Jorge, “La historia social hoy”, en *Historia Social*, Núm. 60 (2008), Valencia, pp. 233-248.

WHITE, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, 1992.